

Ochocientos años de Universidad en España



ANTONIO CAMPOS MUÑOZ

CATEDRÁTICO DE LA UGR.
ACADÉMICO DE NÚMERO DE LAS
REALES ACADEMIAS DE MEDICINA DE
ANDALUCÍA ORIENTAL Y DE ESPAÑA

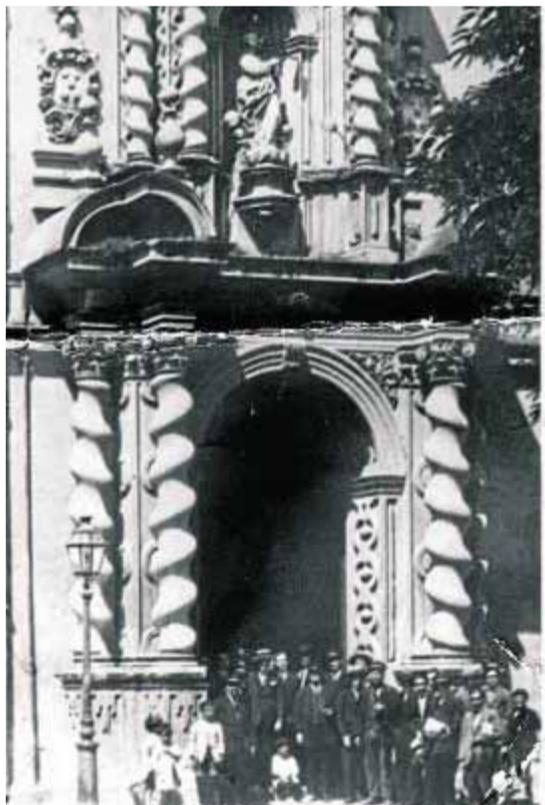
El año 1212 el rey de Castilla Alfonso VIII, tras su importante victoria en las Navas de Tolosa, funda en la ciudad de Palencia un Estudio General dando origen en España a una institución –la universidad– que aún sigue viva y vigente en nuestros días. Aunque la fecha arriba indicada es la que tradicionalmente se admite como fecha fundacional, Alberto Jiménez Fraud, director durante muchos años de la Residencia de Estudiantes e historiador de la universidad española, afirma que en realidad el rey lo que hizo fue reconocer estudios ya existentes.

Se ha escrito que una institución es la cristalización de un ideal. La universidad palentina desde su fundación es ya reflejo del ideal –la búsqueda del saber– que, desde su origen, ha caracterizado a la universidad como una institución básica del mundo occidental. A buscar saberes de teología, gramática y derecho canónico en la universidad palentina acuden estudiantes de muchos lugares y, entre ellos, destacan figuras como Domingo de Guzmán o Gonzalo de Berceo. Pero a impartir dichos saberes llegan también maestros de toda Europa a los que Alfonso VIII, según cuenta la Crónica de los Once Reyes «daba soldadas complidas» para que «los que quisiesen aprender no lo dexassen por mengua de maestros». Aunque tras su fundación oficial la vida de la universidad palentina fue muy corta, ello no le quita el relevante papel que tuvo en la sociedad de su tiempo.

Para que una institución sobreviva con eficacia ha de cumplir, en general, dos requisitos: que el ideal que la hizo nacer se mantenga y que sea útil y eficaz en cada época. Si al principio y durante varios siglos la universidad fue recopiladora, transmisora y, en su caso, discutidora de los distintos saberes, a partir de los dos últimos la universidad, en su constante búsqueda del saber, fue incorporando a su seno la investigación científica. La aparición de la institución universitaria vino también a cubrir desde su origen, como ha escrito también Alberto Jiménez Fraud, la necesidad de proporcionar profesionales a la naciente burocracia civil y eclesiástica que surge en la baja Edad Media y más tarde y hasta nuestros días a una organización funcional, social y laboral cada vez más compleja.

Al mismo tiempo, y en el curso de la larga vida de las universidades, el Corpus Academicus, el cuerpo del saber incluido en las actividades universitarias, ha ido ampliándose constantemente desde la fundación de las mismas: el griego vino con el Renacimiento, las ciencias de la naturaleza con la Ilustración, la tecnología con la revolución industrial y así sucesivamente hasta la bio y la nanotecnología o los sistemas de intercomunicación recién incorporados en nuestros días. La dimensión cultural de la universidad fue ganando sucesivamente adeptos encontrando en Ortega a uno de sus más firmes valedores. Vargas Llosa afirma, en

Para que una institución sobreviva con eficacia ha de cumplir dos requisitos: que el ideal que la hizo nacer se mantenga y que sea útil y eficaz en cada época



este sentido, que si el modelo de universidad cultural aún vigente desapareciera de nuestra sociedad, una fuente de fermento y de preservación de la misma se vendría definitivamente abajo sin que ninguna otra institución pudiera reemplazarla. A mediados del siglo XX, tras el informe que Vannevar Bush elabora para el presidente Truman titulado 'Ciencia, frontera sin fin', surge el concepto de I+D y con él la consideración de que la ciencia ha de ser un instrumento fundamental para el desarrollo de los pueblos. La universidad, depositaria y generadora de saber, proveedora de profesionales y fermento de cultura, asume un nuevo papel: convertirse en promotora del desarrollo social a partir de los saberes nuevos que sus investigadores aportan.

Aunque las características arriba señaladas podrían ser comunes a la mayor parte de las universidades que en el mundo son y han

sido, existen notables diferencias entre unas y otras si consideramos sus resultados y los relacionamos con las distintas sociedades en las que viven inmersas

En los ochocientos años de universidad española, cuyo aniversario conmemoramos en 2012, encontramos sin duda momentos y aportaciones de esplendor –la Escuela Jurídica de Salamanca o la Escuela española de Histología con Cajal a la cabeza– y momentos de enorme esterilidad y vacío intelectual. Sorprende, sin embargo, que en los indicadores actualmente utilizados para comparar universidades, las nuestras en general no están entre las más importantes ni influyentes del mundo, a pesar de haber sido nuestro país pionero en crearlas y en exportarlas a una gran mayoría de países del hemisferio occidental, y que si lo sean universidades de países en apariencia menos desarrollados que el nuestro. A mi juicio creo que, con independencia de las limitaciones económicas o de censura e intolerancia existentes en distintas épocas, la creatividad, la intuición y la voluntad de muchos de los profesores y alumnos de la universidad española ha sido lastrada por ese carácter administrativo, intervencionista, regulador y reglamentista que ha caracterizado a la universidad española casi desde su origen hasta nuestros días. En 1636 se regulan, por ejemplo, hasta las multas por faltar a la ceremonia de la fiesta de San Lucas. En 1984 el Gobierno decreta que los departamentos universitarios deben estar constituido por 12 profesores como mínimo con independencia de a que rama del conocimiento se dediquen.

La búsqueda y la difusión del saber están cambiando de un modo muy acelerado. Frente al modelo tradicional empieza a configurarse en nuestros días el denominado, por Gibbons, modelo de investigación socialmente distribuida al que potencia y sirven las nuevas tecnologías de la comunicación. En este contexto, las universidades van a sufrir el envite de una nueva perturbación como lo fue en su día la aparición de la imprenta. Del efecto de una perturbación solo se puede salir, según las ideas del premio Nobel Ilya Prigogine, saltando a un orden más elevado de complejidad. La clave es la fragilidad, esto es, la flexibilidad; precisamente aquello de lo que más carece la universidad española. Las estructuras que viven aisladas de toda perturbación permanecen estancadas y nunca evolucionan hacia formas más complejas.

Ochocientos años después de su comienzo en Palencia, la universidad española debe –como cualquier institución que se precie– asumir lo asumible, revisar lo revisable y proyectar lo proyectable pero, ante la perturbación que agita su ideal –la búsqueda del saber en el tiempo presente–, y ante los retos de nuestra época –la nueva sociedad de intercomunicación que se está configurando– la universidad debe, sobre todo, eliminar sus corsés, atreverse a dar el salto y tratar de salir reforzada en el intento.

Los médicos atendemos enfermos

MARÍA DEL MAR SERRANO FALCÓN

«En cualquier casa que entre, lo haré para bien de los enfermos, apartándome de toda injusticia voluntaria y de toda corrupción»
(Juramento Hipocrático 500 a.c.)

Ante la obligación de tomar decisiones para reforzar la sostenibilidad del débil sistema sanitario, se insiste en los recortes, se obvian las reformas. Toca tomar medidas impopulares que es lo que queda en tiempos como los que corren. Pero, ¿dónde termina lo impopular y dónde empieza lo injusto? En Granada se mantendrá la asistencia sanitaria a los 3.060 inmigrantes 'sin papeles' que residen en nuestra provincia y los médicos granadinos se rebelan, como otros tantos en el territorio nacional. No procede, no se puede cuestionar ahora, si el médico debe o no debe atender a quien requiera asistencia; no es el debate tratar o no a según qué enfermos, por mucha crisis que exista.

Para el médico, es un deber deontológico atender a cualquier ciudadano. Prometemos o juramos velar por el bienestar del enfermo; somos médicos, no somos políticos ni dirigentes. No hay que olvidar que en la sanidad pública el médico atiende al paciente, no organiza el sistema ni factura.

Los médicos trabajamos en casa, en la calle, en nuestras consultas, en los hospitales... Tenemos y queremos atender al enfermo con independencia de la situación social, política y económica del momento y, por supuesto, con independencia de quién sea el que padece. Los médicos debemos seguir trabajando por la salud, que es lo que hemos hecho con o sin crisis, con y sin recortes, sin fijarnos en ningún momento (probablemente deberíamos haberlo hecho) en la sostenibilidad del sistema sanitario que, como era previsible, iba a caer. Nunca hemos preguntado a un paciente por sus 'papeles', por su situación censal, cuánto cobra, cuántas horas trabaja o cuánto tributa; tampoco ellos nos lo han preguntado nunca a nosotros. Para eso ya están otros. Y estoy segura que ni ahora ni nunca habrá nadie que prohíba a un médico atender a quien le pida asistencia. El sistema sanitario es otra cosa y su organización un debate diferente.

¡Ojalá nuestros políticos hubieran tenido en cuenta nuestros criterios hace mucho tiempo! Pero eso supondría la existencia de una incómoda bola para ver el pasado... y el pasado se olvida (sobre todo a nuestros dirigentes, a los que se fueron y a los que han llegado; a los que gastaron a manos llenas y a los que tienen que recortar).

Siempre hemos atendido a nuestros pacientes con independencia de su procedencia y sin interesarnos por si tienen o no papeles. Y seguiremos haciéndolo. Los médicos debemos ser fieles a nuestro código ético, no ahora, siempre, y en otros muchos frentes ideológicos deberíamos mantenerlo. Aquí no existe ningún tipo de debate.